

Exito del Colegio de San Fernando en la III Exposición Nacional de las Escuelas Profesionales Salesianas

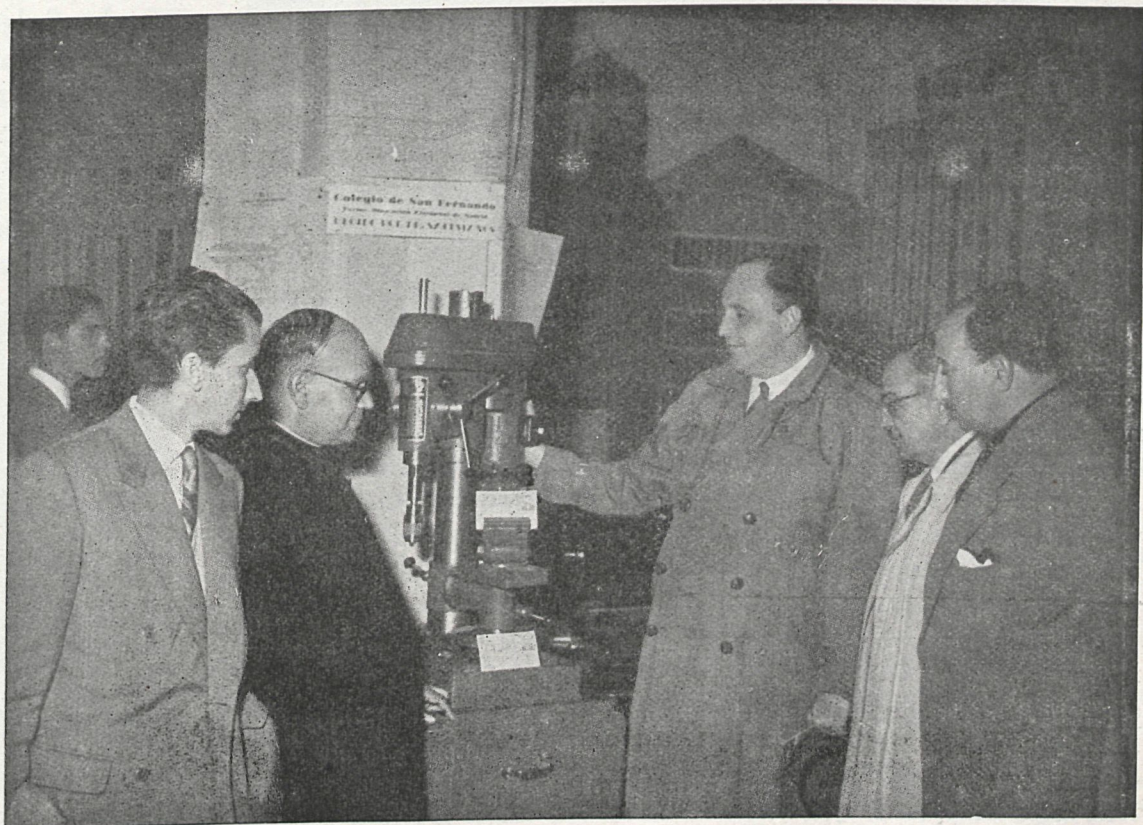
DE las veintiséis escuelas salesianas que expusieron sus trabajos en su reciente Exposición Nacional fué, probablemente, la participación del Colegio de San Fernando, de la Diputación Provincial de Madrid, la más importante. Efectivamente, de los 1.250 alumnos del citado Colegio provincial, son cerca de cuatrocientos los que colaboraron de una manera más o menos decisiva al éxito de este Certamen. Así vimos que, de los doce mil trabajos, en números redondos, que se presentaron, unos mil trescientos salieron de las manos de los alumnos de nuestro Colegio de San Fernando, regido por los Padres Salesianos. Y es con el Superior del citado Colegio con quien fuimos recorriendo las

diversas dependencias de la Exposición, en la cual nos encontramos con el Diputado provincial señor Sanz Huerta y el Ingeniero Jefe de los Servicios Industriales señor Ceñal Fernández, que se unieron a nuestra comitiva, en la que el Padre Alejandro se había convertido ya en un amable guía.

Para hablar de esta Exposición en términos generales vamos a dividirla en tres grandes partes, dedicadas, cada una de ellas, a las industrias del hierro, una; vestido y calzado, la otra, y, finalmente, a las del libro y la madera. En todas ellas la aportación del Colegio de San Fernando no puede ser más valiosa, ya que, tanto en sastrería, ebanistería, hierro, zapatería, talla y escul-

Mil trescientos trabajos, de los doce mil expuestos, han sido realizados por los alumnos de nuestro Colegio provincial

EL Padre Alejandro, Superior del Colegio provincial, enseñando uno de los trabajos presentados por sus alumnos al Diputado provincial, Sr. Sanz Huerta, quien observa complacido la obra de los Padres Salesianos en el Colegio de San Fernando. Junto al Padre Alejandro se encuentran el Ingeniero Jefe de los Servicios Industriales de la Diputación, señor Ceñal Fernández; el Decano de los Servicios Farmacéuticos Dr. Gandullo, y el Director de CISNEROS, don Antonio Guillón.





tura, los muchachos de nuestro Colegio han dejado bien alto el nombre de la Diputación de Madrid y más concretamente la obra de sus profesores y maestros, los padres salesianos, estos simpáticos padres que hace ya mucho tiempo ganaron para España —y para gran parte del mundo— la batalla del obrero especialista. «Son inmensos los peligros que amenazan a las naciones si no resuelven la cuestión obrera en cristiano. El futuro será de quien haya sabido ganarse a los obreros». Y hacia este objetivo, que marcan las palabras de San Juan Bosco que acabamos de citar, marchan decididos los salesianos a través de todas las latitudes, como lo demuestran sus 122 escuelas en Europa; 34, en Asia; 10, en América; 6, en África, y 2, en Australia. En total, y extendidas por los cinco continentes, 276 escuelas profesionales, en las que se forman más de 75.000 aprendices. 15.000 de ellos son españoles y se encuentran repartidos entre las 26 escuelas de nuestra Patria. Vienen bien estos datos a la hora de «descubrir» la obra de los salesianos, y son más bonitos todavía cuando nos damos cuenta, a través de esos datos precisamente, de que es España uno de los países más importantes en el mundo salesiano. Y dentro de España, la III Exposición que acabamos de visitar nos viene a demostrar algo así como que el Co-

legio de San Fernando, de la Diputación Provincial, es uno de los más importantes, ya no de España, sino del mundo entero.

No quisiéramos excedernos en los adjetivos, pero tampoco es conveniente envolverse en una inútil modestia al hablar



En estos cuatro grabados se ha intentado recoger una muestra de los trabajos expuestos por los alumnos del Colegio de San Fernando. Obras de ebanistería, electricidad, mecánica y, por último, de sastrería, dan al lector una idea de este éxito tan resonante. (Reportaje gráfico, Leal).



de una obra de esta envergadura. La Diputación Provincial de Madrid puso los medios, y de lo demás se encargaron estos salesianos, con el Padre Alejandro al frente. Como dato comparativo diremos que la obra de los salesianos tiene ya un siglo de existencia; que todas esas cifras que antes citábamos son la consecuencia de una labor de

cien años, y el Padre Alejandro nos recordaba, en su amable charla, que los salesianos hace sólo cinco años que se encargaron de nuestro Colegio. Es decir, que apenas ha quedado tiempo para que salga la primera promoción, ya que el plan de enseñanzas dura precisamente cinco años, de los cuales dos de ellos podemos considerarlos como consagrados a la preparación y montaje. Es decir, que a los tres años exactos de consagración por completo a la obra de formación de especialistas, el Colegio de San Fernando se permite concurrir a la III Exposición Nacional y lo hace con una personalidad indiscutible, tanto por el número de los trabajos expuestos como por la calidad de los mismos.

Ahí está ese gran Cristo, de tamaño natural, o esos dos despachos, de estilo inglés, uno, y renacentista español, el otro, que entre los mil trescientos trabajos que ha presentado el Colegio de San Fernando despertaron la atención de más de 20.000 testigos de esta obra que inició San Juan Bosco en 1853, y con la que según dice Pemartín, «él pretendía formar, con sus Escuelas Profesionales Salesianas, generaciones de nuevos cristianos, reacción espiritualista de obreros inteligentes y, por su superioridad técnica y cristiana, aptos para conducir por caminos de verdad a sus compañeros de fábrica y a sus hijos».



Eloy Gonzalo era madrileño y se crió en una de las Instituciones benéficas de la Diputación

A medida que se suceden generaciones, el pueblo, sobre todo las innumerables gentes que por razones económicas se ven obligadas a entregarse al trabajo manual desde edad temprana, sin apenas otra dedicación a los estudios que la de aprender a leer y escribir, desconocen hechos gloriosos, gestas y epopeyas que dan gloria a la patria donde nacieron. Y ocurre también otras veces que personas más ilustradas tampoco fijaron su atención en hechos notables de su país. Ello es imperdonable, mucho más si se trata de héroes populares, especialmente cuando éstos han sido inmortalizados por el cincel del artista. Y sin embargo, esto es frecuente. ¡Cuán pocos madrileños serán los que conocen exactamente los detalles de la hazaña llevada a cabo por un paisano suyo, cuya estatua se levanta en el corazón del Madrid popular, y al que la gente se limita a conocer por el nombre de «Cascorro»! ¿Qué hizo para merecer una estatua? Pues he aquí su historia:

Eloy Gonzalo García era madrileño. Procedía de la antigua Inclusa de Madrid, donde pasó su juventud. Muy joven le envuelve una ola trágica; los celos le impulsan al crimen. Mata a su novia, y se encuentra cumpliendo los quince años de cárcel cuando se alista, entre los diez mil presidiarios que Su Majestad el Rey envía a Cuba a luchar contra los insurrectos.

Eloy Gonzalo sienta allá en la campaña de ultramar plaza de valiente. Es tal vez un poco díscolo, hasta indisciplinado, pero también es valeroso y leal con sus compañeros, sobre todo cuando se trata de poner la vida en peligro. Entonces su fusil es el primero y su puesto de combate el más avanzado.

La primera Compañía del primer Batallón del Regimiento María Cristina, en la que presta su servicio el protagonista de esta historia heroica, defendía el Fuerte principal del poblado Cascorro. Es el día 22 de septiembre de 1896 y las cuatro de la mañana cuando el enemigo avanza y ocupa una nueva casa, la principal del pueblo, situada estratégicamente a unos diez metros del fuerte. En las paredes

Hombres ilustres

de la Provincia de Madrid



Uno de los testigos supervivientes de la gesta de Eloy Gonzalo, después de haber colocado una corona en el monumento que en la madrileñísima plaza de Cascorro se levanta en homenaje de nuestro héroe. (Foto Sanantonio).

El héroe de Cascorro, frente a 7.000 enemigos, salvó a sus compañeros sitiados con una lata de petróleo



El Gobierno español recompensó su hazaña otorgándole 60.000 pesetas

de este puesto ofensivo se hacen aspilleras para el emplazamiento de un cañón. El Capitán de la Compañía, don Francisco Neila, al darse cuenta de la fortificación que era objeto la casa, ordena a sus fuerzas que preparen la defensa del fuerte. A las seis de la mañana se hace el primer disparo del cañón enemigo. El Capitán, al comprobar que el único punto vulnerable del edificio era el tejado, ordena que éste, conquistado por las tropas adversarias, se destruya por los medios que tienen a su alcance: piedras, ladrillos, botellas de petróleo, combinado con mechones de aceite común encendido; pero todos los esfuerzos resultan inútiles. Los insurrectos, resguardados en su posición privilegiada y confiados en su mayoría numérica —son más de siete mil soldados, y los nuestros únicamente alcanzan a duras penas la cifra de ciento cincuenta— atacan una y otra vez sin conseguir ningún resultado favorable, lo que les obliga a reforzar el fuego artillero disparando contra la pequeña defensa española más de trescientos cañonazos. La situación se hace desesperada, mas el ánimo de nuestros compatriotas no cede.

A las cuatro de la tarde, un soldado pide permiso al Capitán Neila, Comandante del Fuerte, para incendiar la posición enemiga. Es nuestro héroe: Eloy Gonzalo García. El Comandante le contesta con frase militar: «Si quiere salir voluntario, salga usted». Y, efectivamente, sale en busca de la muerte. Eloy Gonzalo se aprovisiona de una lata de petróleo, de cerillas y de una vara de dos metros de larga, a la que ata en uno de sus extremos una masa de trapos viejos impregnados en petróleo. Luego llega el momento decisivo; es necesario elegir el medio más útil para la empresa. Sin pensar en los peligros ni si el medio elegido es tal vez mortal. Hay que estar dispuesto a la entrega definitiva sin mirar atrás, y para ello escoge el procedimiento más eficaz, pero sin duda el de mayor riesgo. Se ata una soga a la cintura y pasa el otro extremo por una de las aspilleras del Fuerte con la idea de que, si resulta muerto, sus compañeros puedan recoger su cadáver. Antes de salir dice estoicamente: «De morir, más vale que muera yo solo; pero así es probable que os salvéis vosotros».

Eloy Gonzalo salió del Fuerte sorteando una lluvia de balas, y llega al pie de su objetivo sin no-

vedad. Prende entonces los trapos que llevaba atados a la vara y tira la lata al tejado, consiguiendo con ello un fuerte incendio. ¡El objetivo está conseguido! ¡Qué alegría llenaría su corazón! ¡Los fatales presagios de la muerte no se han cumplido! ¡Dios le ha salvado! Y cuando llega ileso al Fuerte, los compañeros le abrazan y lloran de contento: ¡Ellos también se han salvado! La cosa, hay que reconocerlo, no es para menos. El Capitán Neila, siempre con ademán y frase castrenses, se dirige a Eloy Gonzalo con palabras entrecortadas por la emoción: «Es usted un valiente, que no ha dudado en despreciar su vida por salvar la de sus compañeros.»

La empresa está terminada; luego el soldado vuelve a ser, eso, un simple número más entre tantos españoles que sacrificaron paz y trabajo en defensa de la Patria. No buscó gloria ni honores; sin embargo, España no le olvida. El Gobierno premia la hazaña de Eloy Gonzalo con sesenta mil pesetas, y la posteridad tampoco olvidará el glorioso hecho: Ahí está la estatua, a la que hicimos referencia al comienzo de este artículo, que es un canto duro y pétreo a la valentía de su heroicidad.

* * *

La Compañía del soldado Eloy Gonzalo fué trasladada a Matanzas, donde un año después «Casorro» encontró su muerte, víctima de unas fiebres adquiridas en el terreno de combate.

Cuando el Gobierno español ordenó que las tropas se retirasen de Cuba, se trasladaron a Madrid los cuerpos de los héroes muertos. Entre ellos estaba el cadáver del soldado Eloy Gonzalo García junto a los de los generales Santocildes y Vara del Rey, y el Ejército Colonial desfiló ante ellos en el Puerto de Santiago.

La Compañía del primer Batallón del Regimiento María Cristina dió escolta al armón que llevaba el cuerpo del soldado Eloy Gonzalo García, y nuestro buen pueblo supo descubrirse y emocionarse ante quien se comportó como un bizarro y esforzado espartano.

ANGEL ORTEGA-ISSON LEON

José Antonio en la



A tierra de Madrid fué la tierra más conocida de José Antonio. Nació en la calle de Génova y vivió sucesivamente en Monte Esquinza, en Orfila, en la carretera de Chamartín, en Juan Bravo, en Piamonte, en Serrano, en Mayor, en Magdalena, en Los Madrazo, nuevamente en la carretera de Chamartín, otra vez en Serrano, y de allí salió para la cárcel Modelo.

Sobre estas calles y estas casas ha escrito emocionadamente Tomás Borrás. Cuanto yo añadiera sería una redundancia.

José Antonio discurrió por los tres circuitos madrileños que Eugenio Montes configurará así: El Madrid cortesano y real, del Retiro y Las Salesas, con rondas de niños cantando el romance de la Reina Mercedes; el otro de la plaza Mayor, transitado



En una de sus múltiples salidas por la provincia de Madrid, José Antonio es sorprendido por la Guardia Civil, quien se detiene a tomar su filiación. En esta foto, ya histórica, tomada en Cuatro Vientos, aparece también Raimundo Fernández Cuesta.—(Foto Cifra)

por traperos y carros, también por algún rebaño al que acaso conduce un pastor ronco de aire celtibérico, con fríos e insolaciones de altiplanicie, Madrid del Arcipreste, trashumante, de Concejo de Mesta, y el tercero, el de las casas de huéspedes, sopa y pescado, mesa redonda y ladrillos con estera, servilletas con señales, la vecinita de enfrente con balcón, piano y novio, Madrid de los Episodios nacionales, de las tertulias políticas y las guerras civiles.

José Antonio pisó esta tierra del Madrid popular; sufrió sobre ella y sobre ella amó. El Madrid popular no es el Madrid castizo. En el célebre brindis del banquete en homenaje a Eugenio Montes, el 24 de febrero de 1935, José Antonio estableció agudamente la diferenciación. Vale la pena reproducir sus palabras, que fueron éstas: «Lo castizo no es lo popular. Es popular, ritual y profundo, como decía Rafael Sánchez Mazas, la tradición de natalicios, lunas de miel, hogares e instituciones que este Café de San Isidro y esta calle

geografía de Madrid



José Antonio aparece aquí presidiendo un mitin en el momento en que uno de sus camaradas se dirige a los campesinos. La foto, menos conocida que la anterior, tiene, sin embargo, gran fuerza emotiva.—(Foto Cifra)

de Toledo nos recuerdan; pero no es popular aquel Madrid de Fornos y la cuarta de Apolo, ni aquel provincianismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y San Martín de Valdeiglesias.

De niño iría al Retiro y jugaría bajo su silencio de acacias y de castaños. Le gustaba pasear a caballo por la Castellana y la Casa de Campo, oler el fresco césped del Hipódromo y ver los cipreses de un verde oscuro compacto de San Martín, el silbido de los trenes de la estación del Mediodía circulando entre los árboles fúnebres. Hizo guardia en el Palacio Real y desde la silla de su caballo vió el juego de blancas terrazas del Palacio, las fuentes y las estatuas de los jardines y al fondo, la luz de nieve del Guadarrama, tan cristalina y transparente, el caballo de Felipe IV encabritándose bajo el aire de porce'ana. Asistió a un almuerzo en la Bombilla, en la Casa de Juan, precisamente después de su discurso en el Cine Madrid; al otro lado del río, los tapices de Goya, la Fuente de la Teja. En Chamartín de la Rosa asistió a una misa en sufragio de veintidós camaradas caídos, y acaso volvió por las Ventas del Espíritu Santo entre sus tabernas, sus casuchas, las tiendas de los marmolistas y, más allá, los cipreses del Cementerio.

Apetecía ir a El Escorial, a través del paisaje seco, monocorde, del bajo Guadarrama, a través de los cobaltos quebrados de la Sierra, sobre la pedregosa soledad mineral, bajo los vertiginosos cielos, y llegar al Real Sitio, esa aridez exquisita, esa piedra lírica, ese tras-mundo cárdeno y ceniciento, pudridero de Reyes, en un paisaje de cazas y de batallas cuyos protagonistas imperiales fueron los Austrias, y contemplar la grandeza de España tallada en el granito rosa del Guadarrama, en la tarde gris, ensuciada acaso por la nevisca, y, al volver, posiblemente al crepúsculo o ya la noche madura, entraría en Madrid, por los corralones encalados y las casas de ladrillos como ardientes sedas, por el triste arrabal de las vidas infrahumanas, por cuya redención él murió, ya en la inminencia de las luces de la ciudad, cuando en el vago horizonte, por ejemplo, por Pozuelo o más allá, conservan aún algo de vida las últimas palpitaciones del día, lejanas y demasiado inciertas.

Ya por tierra de santos y de cantos, en la mineralogía lunar en que se asienta Avila, José Antonio fué varios veranos a la finca «El Encinar», de Robledo de Chavela.

¿Qué rincón de Madrid no recorrería José Antonio en su incansable andadura por la salvación de España? Citemos la intimidad del recoleto Madrid viejo, la luz de las farolas fernandinas del barrio de Embajadores, la policromía del goyesco y atónito Rastro, patético y enternecedor, y la delicia de los almendros, las celindas y las lilas regadas del Retiro.

Aquel Madrid al que decoran las cicatrices de una guerra que no se hizo por odio, sino por amor.

JUAN CARLOS VILLACORTA

